

Psicoanálisis e Instituciones

Autores:

Lic. María José Manzo

Master en Criminología y Sociología Jurídico Penal (tesina en proceso de aprobación). Ex docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. Perito psicóloga del Dto. Judicial de San Martín. Ex Coordinadora de las Comisiones de Ética y de Ejercicio Profesional del Colegio de Psicólogos de la Provincia de Buenos Aires Distrito XI.

En este escrito abordaremos, sin pretender agotar, el tema de cierta formalización para pensar la práctica de profesionales con formación psicoanalítica que se desempeñan en una institución, sea cual fuere la misma. Ello resulta muy común, sin embargo la existencia de prejuicios al respecto continúan vigentes. En este texto se tomaran los aportes de tres autores, como punta para pensar sus posibilidades y obstáculos.

En primer lugar mencionaremos a *Eric Laurent*, fundamentalmente en su texto *Psicoanálisis y salud mental. (Ed Tres Haches, Bs As, 2000)*. Allí plantea su concepto de “analista ciudadano”, cuestiona al “analista crítico”: “es el analista que no tiene ningún ideal, que llega a borrarse, que es tan solo un vacío ambulante, que no cree en nada.” (2000:114), cuestiona también el quedarse en una posición de denuncia. Proponiendo pasar a la posición de analista ciudadano: “hay que pasar del analista encerrado en su reserva, crítico, a un analista que participa, un analista sensible a las formas de segregación, un analista capaz de entender cuál fue su función y cuál le corresponde ahora.” (2000:114). Lo que resulta a mi

criterio interesante es la mención que Laurent hace a la inclusión del analista en la institución –estimulando la praxis de los mismos allí- y menciona el trabajo con otros: “El analista vacío, llamado también en algunas teorías el analista agujero, en una institución, en cualquier discurso institucional, no ha de ser en ninguna manera un analista borrado. Es el que *sabe participar con su decir silencioso*.”

El decir silencioso implica tomar partido de manera activa, silenciar la dinámica de grupo que rodea a cualquier organización social (...) Desde el punto de vista analítico, cuando se juntan tres, la dinámica del grupo está en marcha, es decir, se desatan determinadas pasiones imaginarias. Sin duda, el analista ha de saber, por su misma práctica que cualquier identificación permite el desencadenamiento de esas pasiones narcisistas. Y ha de ser capaz de silenciarlas. Pero eso es tan solo la primera parte de su trabajo; la segunda es remitir al grupo social en cuestión a sus verdaderas tareas.” (2000:115) “En este sentido, el analista es más que un lugar vacío, es el que ayuda a la civilización a respetar la articulación entre

normas y particularidades individuales. El analista, más allá de las pasiones narcisistas de las diferencias, tiene que ayudar, pero con otros, sin pensar que es el único que está en esa posición. Así con otros, ha de ayudar a impedir que en nombre de la universalidad o de cualquier universal, ya sea humanista o antihumanista, se olvide la particularidad de cada uno. Esta particularidad es olvidada en el Ejército, en el Partido, en la Iglesia, en la sociedad analítica, en la salud mental, en todas partes. (2000:116) De la misma manera, los analistas no sólo han de escuchar, también deben saber transmitir la humanidad del interés que tiene para todos la particularidad de cada uno. No se trata de limitarse a cultivar, a recordar la particularidad, sino de transformarla en algo útil, en un instrumento para todos. No hay que retroceder ante la palabra útil, útil para los demás, cuando se reconoce una forma de humanidad en su peculiaridad. “En este sentido, los analistas junto con otros, han de incidir en estas cuestiones, tomar partido y, a través de publicaciones, a través de intervenciones, manifestar que quieren un tipo determinado de salud mental. No una institución utópica o un lugar utópico, sino precisamente formas compatibles con el hecho de que cuando ya no hay ideales sólo queda el debate democrático. Esto no es el silencio. El decir silencioso del analista consiste en ayudar a que, cada vez que se intenta erigir un nuevo ideal, pueda

denunciarse que la promoción de nuevos ideales no es la única alternativa.

Con respecto a algunos autores locales que se refieren a esta temática, mencionaremos brevemente a *Adriana Rubistein* en “*Los modos de aplicación del psicoanálisis*”, (*Revista Virtualia*, N°7-), quien considera que dada la complejidad del tema podrían precisarse modos de aplicación del psicoanálisis teniendo en cuenta las condiciones en que éste se aplique, las demandas de que se trate y si funciona o no funciona el discurso analítico. Ofrece el siguiente esquema:

“a. Si partimos de las condiciones del encuentro con un psicoanalista a partir de una demanda terapéutica (una consulta con un psicoanalista no precisada como demanda de análisis) habrá casos en que dicho encuentro se mantenga en el marco de las entrevistas preliminares sin que el tipo de demanda o la posición del sujeto den lugar a la instalación del discurso analítico en su forma más pura. Podríamos incluir aquí los casos a los que hace referencia Miller en “*Las contraindicaciones al tratamiento analítico*” Hay analista, pero no discurso analítico. Y no se trata de psicoterapia. No está asegurado “el oro puro del psicoanálisis” pero se mantiene lo esencial: la operación el deseo el analista. Es un modo de psicoanálisis aplicado, dentro del dispositivo pero sin entrada en análisis. Esto requiere pensar qué

hay de analítico en las entrevistas preliminares y con modalidades de la demanda que rechazan el inconsciente.

b. Habrá otros casos en que en cambio podrá instalarse el discurso analítico. Sería éste un modo de aplicación en el que la diferencia entre puro y aplicado se reduce: sería psicoanálisis en sentido propio, tal como Lacan lo emplea cuando dice *“El psicoanálisis sólo se aplica, en sentido propio, como tratamiento y, por lo tanto, a un sujeto que habla y oye.”* Pero sería puro si por puro consideramos el funcionamiento del discurso analítico. Son esos casos que llevan a reflexionar sobre la conveniencia de no llamarlo aplicado ya que se trata de psicoanálisis. Aquí se nos borran las diferencias y se hace necesaria otra distinción. ¿A qué llamamos psicoanálisis puro? Quizás tengamos que diferenciar por lo menos dos alcances del término: puro en tanto funciona el discurso analítico y puro en tanto el análisis ha llegado a su fin y es posible investigar sus resultados. No siempre que se instale el discurso analítico está asegurado que el proceso llegará hasta su fin. En esta dirección entonces, puede ser útil reducir el valor que la diferencia “puro” o “aplicado” tiene en el seno mismo de la experiencia analítica si entendemos por puro el funcionamiento del discurso, pero mantener su valor a los fines de estudio e investigación en el seno de la escuela en el

dispositivo del pase a fin de interrogar el final del análisis y el deseo del analista.

c. Por último serían también modos de psicoanálisis aplicado aquellas intervenciones producidas por fuera del dispositivo analítico e incluso por fuera de condiciones terapéuticas. Intervenciones en guardia, en interconsultas, en escuelas, en juzgados y en todas aquellas condiciones en que por fuera del discurso analítico el analista pueda hacer lugar a la singularidad del sujeto, aun cuando no se trate de la iniciación de un análisis. Una referencia importante para estas aplicaciones la encuentro en *El seminario 17* en una cita que ayuda a pensar la posición del analista en el psicoanálisis en extensión y en su relación con otros campos del saber.

Para esta autora la distinción entre psicoanálisis puro y aplicado no es un “a priori”. No se ofrece a unos psicoanálisis puro y a otros aplicado, *se ofrece psicoanálisis* o al menos, *un encuentro* con un analista y se verá, *après coup*, hasta dónde es posible llegar en el recorrido de saber, en cada caso, una vez que se ha puesto en marcha el pivote de la transferencia. Pone el acento en el deseo y la posición del analista y en la orientación que sostiene su praxis.

Me parece interesante del planteo de esta autora, la idea de ofrecer un encuentro con un analista, incluso pensado por fuera de lo

terapéutico y saber pero a posteriori que sucedió en ese encuentro, creo que resulta interesante para pensar la praxis en una institución en la que la demanda sea por el costado de la evaluación.

Respecto de lo planteado por *Juan Dobón*, de quien se comenzará por lo planteado en su texto *“Lo público, lo privado, lo íntimo. Consecuencias de la ley en el sujeto”*. Allí propone una definición de Institución como laberíntica.

Entiende por laberinto a toda institución total y totalizante que en oposición a la misma, una lectura crítica³ de los discursos que la atraviesan posibilitaría la emergencia de otro tipo de instituciones. La idea de laberinto le permite situar la espacialidad en tanto supone transcurrir por un espacio público donde lo íntimo queda calculadamente expuesto “allí a la intimidad no le asiste la privacidad” (2001: 26).

El laberinto sería discursivo y desaloja los fenómenos de amor, deseo y saber que sería reintroducido por el psicoanálisis bajo transferencia. Así podría emerger otra espacialidad. Toma la representación de la banda de Moebius, en ella el sujeto circulará en función del lazo bajo transferencia. Esta circulación le permite pensar algunos recorridos en los tratamientos singulares donde lo exterior y lo interior se definen por

la posición del sujeto frente a su decir y no en términos de intra o extramuros.

Dirá que se trata de llevar una política (el establecimiento de normas escritas que alojen y den lugar a las diferencias –no hay peor ley que la que no tiene letra-) a una estrategia (alojar al sujeto) a través de una táctica (el trabajo permanente ante cada situación que el análisis y revisión de las mismas en función de lo que el caso requiera). “Un analista que trabaja en un dispositivo público no puede desconocer esto, sin embargo allí estará su arte, su política y estilo siempre en pos de la estrategia que determina la transferencia”. (2001:28)

Expresa que se comprueba la posibilidad del trabajo transdisciplinario (si acontece) en el entramado de los discursos agrega “nuestra condición de analistas no nos ha eximido de estar a su vez atravesados por el discurso de la ciencia y sus avances, el jurídico y decisiones, el social y la política de intentar suturar las carencias (...) Nuestra estrategia no puede encontrar interlocución si desconoce y unifica imaginariamente las tácticas del método científico” En los dispositivos de internación hemos asistido quizá a un hecho de estructura: la red de discursos que la atraviesan configura una instancia de terceridad para el sujeto, si y solo si su palabra es alojada; en oposición y diferencia a los dispositivos de a dos (el

psiquiatra y la enfermedad, el psi y su paciente, el yo y lo otro).

Considero interesante la introducción del trabajo con los otros, con quienes en algunos casos se podrá intercambiar para constituir la terceridad. En este sentido agrega:

“El análisis crítico de los diferentes dispositivos de intervención permite (salvo excepciones), leer en sus cambios una extraña constante, en las instituciones se pierde recurrentemente la historia, no se escribe. Ella se desdibuja y no ha logrado establecer series que permitan inteligir la lógica de los virajes conceptuales y los diferentes intentos que de ellos se desprendieron. Topos pendientes de aquellos que sostenemos una práctica institucional, ligada a promover un ámbito que soporte singularidades y diferencias” “Es posible sostener y promover una institución de carácter abierto, solo si se profundiza la lectura crítica de nuestros actos ahí implicados (dimensión ética). Dicha lectura requiere como condición la escritura”

“Axiomáticamente pienso que solo la producción y la escritura, como pensamiento en acto (no trabajo alienado) despejan la obscenidad de grupo y la ilusión totalizante que este produce. Solo así pueden tramitarse y ponerse en forma las crisis y estallidos institucionales. Formalizando las inevitables diferencias”

“La clínica del no-todo no ha enseñado que no todo es analizable. El trabajo en una estructura abierta de discursos no intenta suturar la grieta de estructura, pero sí promover bajo un sentido ético –más allá de cualquier sanitarismo- el lugar de la palabra. Para así forzar el advenimiento de su valor de verdad, sus efectos de verdad (parcial, no toda, para cada uno). Para poder sostener en algunos una estrategia de un saber sobre su intimidad que tenga consecuencias, de un tres que advenga un cuatro. Es decir una travesía en el dispositivo, singular para cada sujeto, el del deseo y su poco margen de libertad”

“La extensión de la práctica del psicoanálisis a dispositivos de tratamiento no habituales (hospitalario, minoridad, centros asistenciales, etc), nos advierte que ésta, no es una teoría cosmológica, capaz de otorgar sentidos a los hechos del mundo o pretender la solución en sentido positivista de los mismos. Tampoco se trata de un saber filosófico que pretenda arribar a una verdad “para todo hombre”. En un equipo transdisciplinario, un psicoanalista, es un lector que con su presencia será testigo a su vez (en sus efectos de lectura) de ese punto de pérdida de certeza del ser, que es la aparición del sujeto, del deseo del inconciente. Esta subjetividad emerge en la operación de separación que produce su decir, ya no es aquel de la referencia social o bien del síntoma consumo alienado a lo

social. Sostenemos que no hay una práctica discursiva que sea totalmente verdadera, de un saber o una verdad para todos. (2001, 52) “La sociología, en cambio y de acuerdo a los desarrollos de Max Weber intenta encontrar el sentido social de los actos, de los individuos. Desde esta perspectiva se entiende a la psicología como embarcada en un sentido “objetivable” de algunos actos del individuo. Bajo esta lectura puede desprenderse que ambas, sociología y psicología alojan las relaciones entre lo público y lo privado de la subjetividad. El psicoanálisis se distancia de ambos aportando una lógica abierta del sentido, que llama sin sentido (deslinda la idea de lo objetivable, abre la estructura). Deja del lado del sujeto el otorgar el sentido último a sus actos, con relación a lo más privado de su existencia a partir de una conjetura acerca de la singularidad de su deseo, que compromete hasta la economía de su cuerpo. Régimen de placer, displacer, dolor y goce que se estudia bajo el concepto ya mencionado de pulsión. Alojando entonces algo más que la relación público/privado, de las ciencias del hombre y las sociales en general a partir de aportar elementos que permiten inteligir y dar lugar a la *intimidad* del sujeto. En el campo interno del debate analítico de destaca la propuesta de lo *extimo* en relación a la causa del deseo (2001, 63) En *La cultura del riesgo* (2006), en la presentación del libro refiere que “el psa es sostenido y se extiende en ámbitos no tradicionales, cosa frecuente y singular en

Argentina: hospitales, programas de asistencia a niños y adolescentes, o personas con algún grado de compromiso con la ley (...) enfrenta el desafío de valorar las condiciones en que se realiza, pero respetar sus fundamentos, sus principios y su ética(...)sus principios fundamentales, los principios que rigen su practica, son interrogados pero no puestos en cuestión(...)” la llama “clínica de la extensión” e insiste en que “ la practica del psicoanálisis en tales ámbitos encuentra condiciones que cuanto menos deben llevarnos a la reflexión” (2006:6). Allí se propone como objeto a “lo trágico humano” y establece un imperativo ético para pensar la practica “se nos impone pensar cada caso, cada situación y cada historia humana en su particularidad”. Agrega que “enfrentamos ese ejercicio de pensamiento crítico que llamamos interdisciplinario...poner en acto el resultado de nuestros estudios y porque no también de las diferencias...*la escritura interdisciplinaria* requiere *a priori* deponer las encerronas discursivas y las pretensiones personales y, a la vez, impone preservar la especificidad de cada disciplina”...para producirla es necesario revisar el método y definir el objeto de estudio e investigación: el objeto transdisciplinario” (2006:1)

Acerca de los límites de la práctica, refiere: “siempre corremos el riesgo de transformar nuestra práctica psicoanalítica en una mas de las psicologías que se encuentran al

servicio de las agencias de control social punitivo, psicologías que en las distintas instituciones estatales tienden a pensarse a sí mismas como prácticas “re”(…)según una estigmatización orientada por la observancia de las conductas(…) que sirve de argumento para el desalojo subjetivo”(2006:134). Plantea que: “la intervención analítica incide sobre los sentidos congelados, velados o inmovibles que el sujeto soporta, de lograrse inevitablemente esto acarreará un atravesamiento de la barrera del sentido, instante de sin-sentido que asalta y sorprende al hablante hasta la producción de sentidos nuevos y un saldo de saber(…) el psicoanálisis no pretende suturar o curar lo incurable del malestar de habitar esta cultura del riesgo, solo en cambio se limitará en su clínica a alojar sus efectos particulares en ese ser parlante que porta esa indestructible moción que nos anima y llamamos deseo, su palabra y su *pade ser* . Esa es en realidad, la tragicomedia que alojamos y la letra que nos habita.”(2006:155), concluye que “...la tarea de los analistas debe dejar a cargo del sujeto la reescritura de la trama de su vida personal, la transmisión de la causa que mueve a cada quien a llevar una vida con otros...” (2006:156)

Para finalizar el recorte sobre este autor podemos decir que esto que denomina extensiones del psicoanálisis considera importante brindarse una definición de

institución (pensar y delimitar en contexto de la praxis). De este modo introduce el lugar (y trabajo) de los diferentes discursos. Destaca la subjetividad y alojar el padecimiento humano como específico de la labor psi. Menciona la ética como central en el abordaje de este tema.

No resulta de menor importancia el lugar que le otorga al hecho de historizar las instituciones y sus prácticas, allí puede bordear cierto sentido a lo que podríamos denominar “demandas institucionales” (expectativas sobre quien ofrecerá oportunidad a la función analítica) así como a ciertos andamiajes que trascienden a los sujetos que habitan los laberintos. En este sentido destaca el valor de la escritura como un intento de poner a trabajar con otros en una institución, aquello que realiza).

Bibliografía:

Dobon, J y Rivera Beiras, I (2006) La cultura del riesgo. Derecho, filosofía y psicoanálisis. Buenos Aires. Editores del puerto.

Dobon, J. (2001) "Lo publico, lo privado, lo íntimo. Consecuencias de la ley en el sujeto. Buenos Aires. Letra Viva.

Laurent, Eric (2000). Psicoanálisis y salud mental. Buenos Aires. Tres haches.

Rubistein, Adriana (2003). "Los modos de aplicación del psicoanálisis". En Revista Virtualia, N°7. www.eol.org.ar.